

# Ahora que vuelvo, Ton

Y UNA SELECCIÓN  
DE POEMAS DE  
**RENÉ DEL RISCO  
BERMÚDEZ**



*Ahora que  
vuelvo, Ton*

Y UNA SELECCIÓN  
DE POEMAS DE  
RENÉ DEL RISCO  
BERMÚDEZ



## Agradecimientos

**a**gradecemos al Ministerio de Cultura y a la Feria Internacional del Libro por permitirnos divulgar, a través del pabellón de la Vicepresidencia, estos textos de René del Risco Bermúdez, para que toda una generación de estudiantes conozca su obra y celebren su vida.

Agradecemos de manera especial a su familia, en la persona de su hija, Minerva del Risco, por acoger con entusiasmo todas nuestras ideas para difundir su literatura.

La obra de René del Risco Bermúdez nos permite conocer nuestra historia y entender nuestro presente.



## *René del Risco Bermúdez*

**R**ené Federico José Ramón del Risco Bermúdez (San Pedro de Macorís, 9 de mayo de 1937 - Santo Domingo, 20 de diciembre de 1972) fue un poeta, cuentista y publicista dominicano y uno de los escritores más emblemáticos de la generación del 60.

Creció en el barrio La Aurora, en San Pedro de Macorís. Provenía de una familia de larga tradición cultural, la cual lo marcó profundamente en su camino hacia la vida literaria. Su padre fue el poeta y dramaturgo Víctor René del Risco Aponte y su madre América Mencía Bermúdez Escoto, escritora e historiadora.

Su abuelo fue el reconocido poeta Federico Bermúdez (su nombre completo Federico Ramón Bermúdez y Ortega), quien dejó un legado literario en sus obras *Oro virgen y Los humildes*. Esta última le otorgó la calidad de poeta social y se le llamó “el poeta de los humildes”.

Su bisabuelo fue el escritor, dramaturgo, editoralista y abogado Luis Arturo Bermúdez, quien escribió importantes artículos dedicados a figuras del medio cultural del siglo XIX en el periódico *El Cable*, fundado por él.

René del Risco Bermúdez ingresó, en el año 1943, en la Escuela Anexa Normal para luego pasar a la Escuela Normal Superior José Joaquín Pérez cuando justamente despuntaba su vena poética con apenas doce años.

Antes de cumplir quince años tuvo su primer programa radial en la emisora HI1J (Radio Oriente), la cual era la de mayor audiencia en San Pedro de Macorís. En ese programa llamado “Atardecer” de-

clamaba sus poemas con la sensibilidad y emotividad que lo caracterizaba.

A los 17 años escribió su primer libro de poemas (inédito - 1954) titulado Nenufares, su flor preferida. Luego de graduarse de bachiller en Ciencias y Letras en el año 1955, se inscribió en la Facultad de Derecho de la Universidad Autónoma de Santo Domingo donde solo cursó hasta el tercer año de la carrera, la cual tuvo que suspender debido a su incursión en la convulsa vida política del país a través del movimiento clandestino 14 de Junio, junto a Manolo Tavárez Justo y Minerva Mirabal, del que fue fundador y secretario general en San Pedro de Macorís.

El 20 de enero de 1960 fue apresado por conspirar y luchar en contra del régimen del dictador Rafael Leonidas Trujillo Molina y llevado a la cárcel La 40 donde permaneció durante seis meses sufriendo torturas que le dejaron marcas y cicatrices permanentes en su cuerpo. El 14 de julio de ese mismo año fue indultado y dejado en libertad.



El día 8 de enero de 1961 contrajo nupcias con Altagracia Musa Grunning, con quien más tarde, el 12 de octubre de ese mismo año, parte hacia el exilio en Puerto Rico, donde nace su primogénita, Minerva.

En marzo del año 1962, luego de una corta estada de seis meses en Santurce, Puerto Rico, regresó junto a su familia a San Pedro de Macorís. En esa época trabajó en el departamento de contabilidad del ingenio Santa Fe.

En el año 1963 renuncia a su posición laboral en el ingenio para trasladarse a la ciudad de Santo Domingo donde se estaban gestando actividades culturales, sociales y políticas a las cuales se integra como miembro del Frente Cultural Constitucionalista.

Durante la guerra civil de abril de 1965 fue director artístico de la emisora constitucionalista. Tras el fin del conflicto, organizó, junto a Miguel Alfonso, Ramón Francisco, Marcio Veloz Maggiolo, Jeannette Miller y otros poetas conocidos como

la generación del 60, el grupo cultural y multidisciplinario El Puño. En ese mismo año comienza a incursionar en la televisión nacional como productor del programa “Noticiero Nacional” que se transmitía por Radio Televisión Dominicana.

Recibió distintos premios literarios por sus cuentos “La oportunidad”, “La noche se pone grande, muy grande”, y en el año 1969 recibe el primer premio del prestigioso concurso literario La Máscara, por su emblemático cuento “Ahora que vuelvo, Ton”.

En el año 1966 lo nombran director creativo y vicepresidente de la reconocida agencia de publicidad internacional Young & Rubican. Al mismo tiempo recibió diversas premiaciones en concursos nacionales e internacionales de la canción por la autoría de temas como “Una primavera para el mundo”, “Si nadie amara”, “El mundo en tu cuerpo”, “La ciudad en mi corazón” y “Mira qué mundo”.

En 1970 contrae matrimonio, en segundas nupcias, con Victoria Bobea, con quien procrea a su segundo hijo, René Ernesto.

Su obra cumbre y la única publicada en vida de René del Risco fue *El viento frío* (1967). Es un libro de poesía inspirado en la nueva realidad que enfrentaba su generación luego de la convulsa primera mitad de los años sesenta, el cual ha sido ampliamente comentado e investigado por las distintas generaciones literarias a través de los años.

En el año 1974 se editó *post mortem* su primer libro de cuentos *En el barrio no hay banderas*. Años más tarde, en 1981, se publica también *Cuentos y poemas completos*. Ambas ediciones fueron realizadas por Editora Taller.

En los últimos dos años de vida, Del Risco estuvo trabajando en el libro *El cumpleaños de Porfirio Chávez*, su primera novela, en la que se cuestiona la dictadura del tirano Rafael Leonidas Trujillo Molina, la cual dejó inconclusa al momento de su muerte. Esta novela fue publicada a principios del año 2000 por la Editora Cielonaranja.

La combinación de talentos –poeta, narrador, autor de canciones, publicista, comunicador-, junto

a su gravitación en la vida cultural y política de la nación en los años sesenta, lo convirtieron en la que podría ser la figura más emblemática de esa generación. Además, su muerte trágica redimensionó su nombre y su papel en todos aquellos ámbitos en los que llevó a cabo su corta, pero intensa vida.

En efecto, René del Risco Bermúdez falleció el día 20 de diciembre de 1972 en un accidente automovilístico en el Malecón de Santo Domingo, algo que él mismo había de alguna manera previsto en su cuento “Del otro lado del día”.



## *René del Risco Bermúdez y la desigualdad social*

René del Risco Bermúdez fue un poeta, narrador y publicista dominicano.

Sus letras no sólo marcaron una generación que admira sus escritos, cuentos y poemas, sino que también contribuyeron al tránsito de nuestro país de la cruenta tiranía de Trujillo hacia los primeros pasos de la democracia que hoy disfrutamos.

Si algo hay que destacar fue su rol en la Guerra de Abril de 1965, como parte del grupo de Artistas de Arte y Liberación, en apoyo al movimiento que buscaba el retorno al orden constitucional, encontrando en este la inspiración para algunas de sus obras más trascendentales.

A decir de un articulista, René del Risco Bermúdez hizo de la palabra «una ronda de sábado en inolvidable tiempo de posguerra, cuando el viento frío acercó “su hocico suave a las paredes”».

Para este año, el Ministerio de Cultura ha dedicado la Feria del Libro a este gran autor, una oportunidad única para promover sus letras entre niños y jóvenes, que desconocen los grandes aportes de René del Risco Bermúdez a la literatura dominicana, al costumbrismo y al arte en general.

Quizás sin saberlo, puesto que no era un tema común en la época, René del Risco Bermúdez permeó su obra más emblemática de una fuerte crítica a la desigualdad social, que aún hoy en día nos preocupa en gran manera. El hecho de que pocos tienen mucho y muchos tienen poco o casi nada, es parte del tema que envuelve al cuento *Ahora que vuelvo, Ton*, que revela la historia del amigo de infancia, de la ingenuidad que reúne a los amigos, cuando se logra olvidar la pobreza y la riqueza material; cuando el barrio se convierte en un espacio igual para todos.

Decía Héctor Díaz Polanco, antropólogo dominicano radicado en México, que *Ahora que vuelvo, Ton*, estaba lleno de perspectiva, de ese «ángulo» que permite al autor enfocar las cosas que suceden en la realidad en una obra literaria. Quizás la más importante sea la perspectiva de las oportunidades, de aquellos que logran «escalar socialmente» gracias a circunstancias favorables, como las que llevaron al narrador de esa historia a estudiar en Europa.

Pero a pesar de ello, el recuerdo de «Ton Melitón, cojo y cabezón» despierta la nostalgia, y también la melancolía de un tiempo más simple; de personas que «permanecen incorruptibles», a pesar del olvido y la pobreza.

Este cuento es, afortunadamente, un aporte literario que puede impactar a los más pequeños y jóvenes. La Biblioteca Infantil y Juvenil República Dominicana, un esfuerzo que impulsamos en favor de la niñez y la juventud del país, ha dedicado el año a este gran autor, para promover su obra de la mano de sus familiares.



*Ahora que vuelvo, Ton* es la comparación del pequeño burgués con el limpiabotas. Es un reflejo de la composición social dominicana, como la presentó el profesor Bosch, y que, a pesar del tiempo, aún requiere de nuestra atención, por ser la movilidad social la gran meta que debemos alcanzar.

René del Risco Bermúdez presenta la desigualdad social en su estado más inocente e ingenuo. Un cuento cargado de una tremenda carga anímica, que nos lleva a cuestionarnos acerca de la posición que ocupan nuestros semejantes, especialmente, los más desposeídos.

El retrato pintoresco del niño de la gorra de los Tigres del Licey, que habla de un San Pedro de Macorís lleno de espacios mágicos, es una de esas lecturas a las que se vuelve, por ser un legado literario inconfundible, de la pluma de quien no solo aportó a las letras, sino también a la democracia que hoy disfrutamos.

Margarita Cedeño

*Ahora que  
vuelvo. Ton y  
una selección  
de poemas de  
René del Risco  
Bermúdez*



Est

## *Soneto entusiasmado*

Si por crecer en mí, creces más pura,  
como mi propia sangre te quisiera,  
he de llevarte siempre a voz entera  
aunque mi voz se muera en tu dulzura.

Creces tan tibia siempre en mi ternura,  
tan amorosa naces dondequiera  
que por amar tu cuerpo a mi manera  
mi amor se está quemando en tu cintura.

Niña de mi temblor, deseo prendido,  
espejo de mi nombre enardecido,  
voz de la vida clara y verdadera,

¡pon al viento tu cuerpo deseado,  
porque, rotundamente, tú has llegado  
para mi sangre alta y prisionera...!

1964



Est

## *El viento frío*

Debo saludar la tarde desde lo alto,  
poner mis palabras del lado de la vida  
y confundirme con los hombres  
por calles en donde empieza a caer la noche.

Debo buscar la sonrisa de mis camaradas  
y tocar en el hombro a una mujer  
que lee revistas mordiendo un cigarrillo;  
ya no es hora de contar sordas historias,  
episodios de irremediable llanto,  
todo perdido, terminado...

Ahora estamos frente a otro tiempo  
del que no podemos salir hacia atrás,  
estamos frente a las voces y las risas,  
alguien alza en sus brazos a un niño,  
otros hay que destapan botellas  
o buscan entretenidamente alguna dirección,  
una calle, una casa pintada de verde  
con balcones hacia el mar...

Debo buscar a los demás,  
a la muchacha que cruza la ciudad  
con extraños perfumes en los labios,  
al hombre que hace vasijas de metal,  
a los que van amargamente alegres a las fiestas.

Debo saludar a los camaradas indiferentes  
y a los que viajan hacia otra parte del mundo,  
porque todo ha cambiado de repente  
y se ha extinguido la pequeña llama  
que un instante nos azotó,  
quemó las manos de alguien, el cabello,  
la cabeza de alguien.

Ahora se acaban aquellas palabras,  
se harán ceniza del corazón,  
se quedarán para uno mismo...  
Es hermoso ahora besar la espalda de la esposa,  
la muchacha vistiéndose en un edificio cercano,  
el viento frío que acerca su hocico suave  
a las paredes, que toca la nariz,  
que entra en nosotros  
y sigue lentamente por la calle,  
por toda la ciudad...

*1967*







Est

## *Oye, patria*

Patria, no sé por qué,  
pero se me hace  
como que estás medio bronca a veces;  
que te disgusta esto  
de dejarte vivir gratuitamente  
(48 mil kilómetros de nombre)  
para que un día,  
el menos pensado, quizás,  
alguien se ajuste el kepis y diga,  
como si tú no fueras de carne y hueso, Patria:

“¡Aquí mandamos yo y los que como yo  
sepan leer como les venga en gana,  
al revés o al derecho!”.

Y en ese instante no cuenta nadie más,  
ni el hombre del burro carbonero,  
ni la freidora de empanadillas,  
ni el morenito limpiabotas,  
ni la costurera, ni el tamborero,  
ni yo, Patria,  
que a fuerza de contar me estoy quedando

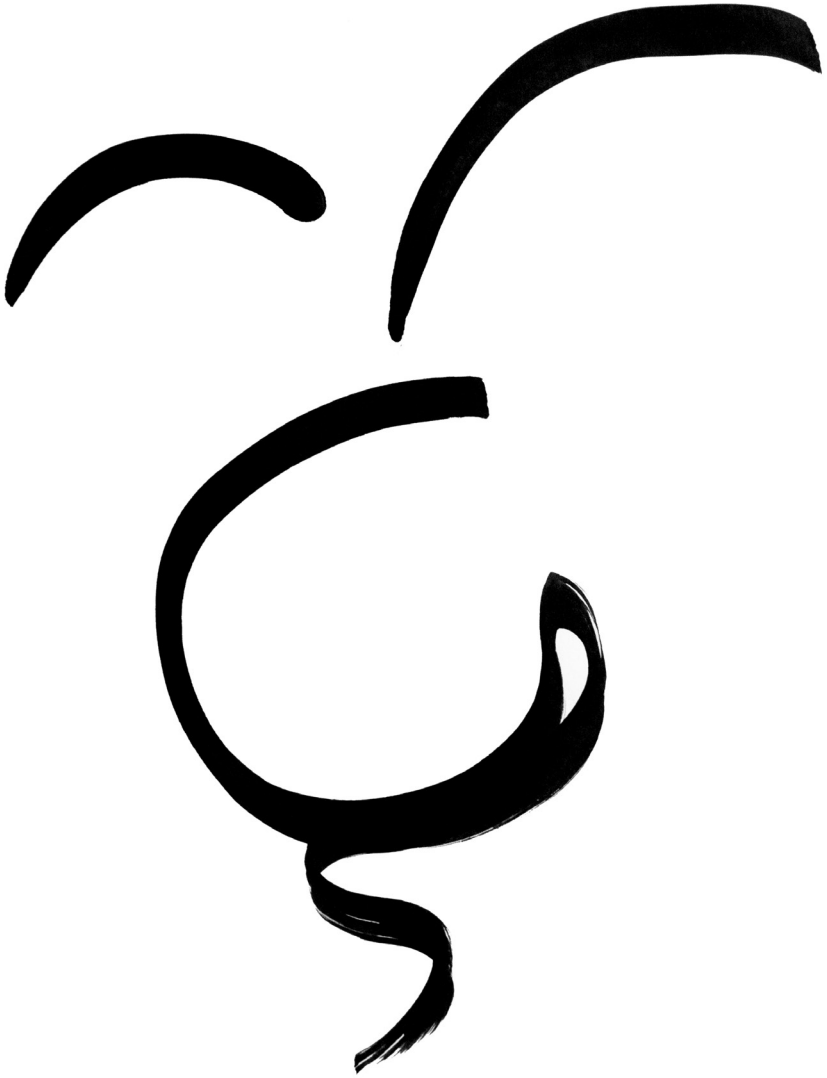
casi fuera del censo  
por completo.  
Y a mí se me hace que no estás a gusto,  
que eso de la sequía unas veces  
o de las inundaciones con muchísimos muertos,  
o de la fiebre aftosa,  
o esa gripe que cunde alguna vez  
dejando a todo el mundo en cama cuatro días  
con dolor en el pecho,  
no es más que tu malhumor  
cobrándose una parte de lo que hacen contigo  
desde mil cuatrocientos  
noventa y dos,  
cuando tu lomo arqueado,  
ese que lavas en aguas del Atlántico,  
lo rascó la Santa María  
antes de que te embanderillaran con una cruz  
“¡Y olé!”, dijo Colón,  
realmente quiso decir: “Amén...”.  
Después de eso, Patria,  
todo ha sido vivirte de regalo,  
agarraron tu viento  
y con el primer arcabuz  
te hicieron el primer agujero,

¡hoy, Patria, es francamente un espectáculo  
ver cómo se cuelan  
bandadas de mosquitos y rumores  
entre los huecos de tu viento!  
Ha habido gente  
muy pesada contigo, eso es lo cierto.  
Gente que te ha dividido y repartido,  
quemado a fogonazos tus cabellos,  
te han ofrecido en venta,  
en souvenir, en préstamo;  
“¿Qué le parece este pedacito de Quisqueya?  
¡Pruébelo!”  
han dicho,  
“se la regalo entera por un título,  
por un golpe de estado,  
por un puesto,  
por una exoneración en las Aduanas,  
¡vaya! ¡le doy el territorio íntegro!”  
y, en efecto,  
te han empeñado cantidad de veces  
y a tan módico precio  
que se lo han repartido diez familias  
que todos conocemos...  
Se habla de ti muchísimo,

en los periódicos, en la televisión,  
en el Congreso,  
en el Baluarte cuando conmemoran  
aquel bautizo tuyo de febrero.  
Se dice “¡Patria!” con un traje blanco,  
con un grueso cigarro entre los dedos,  
con un contrato a punto de firmarse  
con unos inversionistas extranjeros;  
se dice “Patria”, se repite “Patria”,  
y otra vez “Patria” se dice  
con un celo  
que hasta a ti misma, Patria,  
te han dormido  
más de una vez con ese mismo cuento.  
“¡Cómo se salva un pueblo!”, se lamentan;  
lo criollo no sirve, por supuesto,  
por eso es vago el campesino criollo,  
borracho y jugador es el obrero,  
tus cantantes son pésimos,  
tus jóvenes, bandas de malcriados y turberos.  
“¡Aquí no sirve nada, amigo!” –así sentencian–  
“ni la bauxita, ni el café, ni el azúcar,  
ni el merengue liniero,  
aquí Las Casas la metió hasta el codo,

¡hay que viajar y ver qué diferente  
resulta el extranjero!”.  
Y ¿qué sucede? ¡que de eso viven!  
de decir que no sirves,  
que es un paisaje esto,  
¡y hay que ver la cara con que fingen  
que, en realidad, les duele comprenderlo!  
Por eso, Patria, se me hace a veces  
que tú, que tienes carne y hueso,  
que estás cansada de que te repartan  
entre latifundistas y usureros,  
vas a salir un día con tu rostro  
más plebe, más grave, más paupérrimo,  
para decir entonces solamente:  
“¡Señores, ya está bueno!”.

*1968*



Est

## *Ahora que vuelvo, Ton*

Eras realmente pintoresco, Ton; con aquella gorra de los Tigres del Licey, que ya no era azul sino berrenda, y el pantalón de kaki que te ponías planchadito los sábados por la tarde para ir a juntarte con nosotros en la glorieta del parque Salvador, a ver las paradas de los Boy Scouts en la avenida y a corretear y bromear hasta que de repente la noche oscurecía el recinto y nuestros gritos se apagaban por las calles del barrio. Te recuerdo, porque hoy he aprendido a querer a los muchachos como tú y entonces me empeño en recordar esa tu voz cansona y timorata y aquella insistente cojera que te hacía brincar a cada paso y que sin embargo no te impedía correr de home a primera, cuando Juan se te acercaba y te decía al oído “vamos a sorprenderlos, Ton; toca por tercera y corre mucho”.

Como jugabas con los muchachos del Aurora, compartiste con nosotros muchas veces la alegría de formar aquella rueda en el box, “¡rosi, rosi,



sin bom-ba, Aurora, Aurora, ra-ra-ra!” y eso que tú no podías jugar todas las entradas de un partido porque había que esperar a que nos fuéramos por encima del Miramar o La Barca para darle “un chance a Ton que vino tempranito” y “no te apures, Ton que ahorita entras de emergente”.

¿Cómo llegaste al barrio? ¿Cuándo? ¿Quién te invitó a la pandilla? ¿Qué cuento de Pedro Animal hizo Toñín esa noche, Ton? ¿Serías capaz de recordar que en el radio en casa de Candelario todas las noches a las nueve, “Mejoral, el calmante sin rival, presenta Cárcel de mujeres”?, y entonces alguien daba palmadas desde la puerta de una casa y ya era hora de irse a dormir, “se rompió la taza...”.

Yo no sé si tú, con esa manera de mirar con un guiño que tenías cuando el sol te molestaba, podrías reconocerme ahora. Probablemente la pipa apretada entre los dientes me presta una apariencia demasiado extraña a ti, o esta gordura que empieza a redondear mi cara y las entradas cada vez más obvias en mi cabeza han desdibu-

jado ya lo que podría recordarse de aquel muchacho que se hacía la raya a un lado, y que algunas tardes te acompañó a ver los trainings de Kid Barquerito y de 22-22 en la cancha, en los tiempos en que “Barquero se va para La Habana a pelear con Acevedo”, y Efraín, el entrenador, con el bigote de Joaquín Pardavé, “¡Arriba, arriba, así es, la izquierda, el jab ahora, eso es!”, y tú, después, apoyándote en tu pie siempre empinado, “¡cancan-can-can!”, golpeando el aire con tus puños, bajábamos por la calle Sánchez, “¡cancan-can-can!”, jugabas la sogá contra la pared, siempre saltando por tu cojera incorregible y yo te decía que “no jodas, Ton” pero tú seguías y entonces, ya en pleno barrio, yo te quitaba la gorra, dejando al descubierto el óvalo grande de tu cabeza de zepelín, aquella cabeza del “Ton, Melitón, cojo y cabezón!” con que el Flaco Pérez acompañaba el redoble de los tambores de los Boy Scouts para hacerte rabiar hasta el extremo de mentarle “Tu madre hijodela gran puta”, y así llegábamos corriendo, uno detrás del otro, hasta la puerta de mi casa, donde, poniéndote la gorra, decías siempre lo mismo “¡a mí no me hables!”.

Para esos tiempos el barrio no estaba tan triste Ton, no caía esa luz desteñida y polvorienta sobre las casas ni este deprimente olor a toallas viejas se le pegaba a uno en la piel, como un tierno y resignado vaho de miseria, a través de las calles por donde minutos atrás yo he venido inútilmente echando de menos los ojos juntos y cejudos del Búho Pujols, las latas de carbón a la puerta de la casa amarilla, el perro blanco y negro de los Pascual, la algarabía en las fiestas de cumpleaños de Pin Báez, en las que su padre tomaba cervezas con sus amigos sentado contra la pared de ladrillos, en un rincón sombrío del patio, y nosotros, yo con mi traje blanco almidonado; ahora recuerdo el bordoneo puntual y melancólico de la guitarra de Negro Alcántara, mientras alrededor del pozo corríamos y gritábamos y entre el ruido de la heladera el diente cariado de Asia salía y se escondía alternativamente en cada grito.

Era para morirse de risa, Ton, para enlodarse los zapatos, para empinarse junto al brocal y verse en el espejo negro del pozo, cara de círculos concéntricos, cabellos de helechos, salivazo en el ojo,

y después “mira cómo te has puesto, cualquiera te revienta, perdiste dos botones, tigre, eso eres, un tigre, a este muchacho, Arturo, hay que quemarlo a golpes”; pero entonces éramos tan iguales, tan lo mismo, tan “fraile y convento, convento sin fraile, que vaya y que venga”, Ton, que la vida era lo mismo, “un gustazo: un trancazo”, para todos.

Claro que ahora no es lo mismo. Los años han pasado. Comenzaron a pasar desde aquel día en que miré las aguas verdosas de la zanja, cuando papá cerró el candado negro y mamá se quedó mirando la casa por el vidrio trasero del carro y yo los saludé a ustedes, a ti, a Fremio, a Juan, a Toñín, que estaban en la esquina, y me quedé recordando esa cara que pusieron todos, un poco de tristeza y de rencor, cuando aquella mañana, (ocho y quince en la radio del carro) nos marchamos definitivamente del barrio y del pueblo. Ustedes quedarían para siempre contra la pared grisácea de la pulpería de Ulises. La puya del trompo haciendo un hoyo en el pavimento, la gangorra lanzada al aire con violenta soltura,

machacando a puyazos y cabezazos la moneda ya negra de rodar por la calle; no tendrían en lo adelante otro lugar que junto a ese muro que se iría oscureciendo con los años, “a Milita se la tiró Alberto en el callejoncito del tullío”, escrito con carbón allí, y los días pasando con una sorda modorra que acabaría en recuerdo, en remota y desvaída imagen de un tiempo inexplicablemente perdido para siempre.

Una mañana me dio por contarles a mis amigos de San Carlos cómo eran ustedes; les dije de Fremio, que descubrió que en el piso de los vagones, en el muelle, siempre quedaba azúcar parada cuando los barcos estaban cargando, y que se podía recoger a puñados y hasta llenar una funda y sentarnos a comerla en las escalinatas del viejo edificio de aduanas; les conté también de las zambullidas en el río y llegar hasta la goleta de tres palos, encallada en el lodo sobre uno de sus costados, y que una vez allí, con los pies en el agua, mirando el pueblo, el humo de la chimenea, las carretas que subían del puerto cargadas de mercancías, pasábamos el tiempo orinando,

charlando, correteando de la popa al bauprés, hasta que en el reloj de la iglesia se hacía tarde y otra vez, braceando, ganábamos la orilla en un escandaloso chapoteo que ahora me parece estar oyendo, aunque no lo creas, Ton.

Los muchachos quedaron fascinados con nuestro mundo de manglares, de locomotoras, de ciguas, de cuevas de cangrejos, y desde entonces me hicieron relatar historias que en el curso de los días yo fui alterando poco a poco hasta llegar a atribuir a ustedes y a mí verdaderas epopeyas que yo mismo fui creyendo y repitiendo, hasta no sé qué día en que quizás comprendí que sería completamente inútil ese afán por mostrarnos de una imagen que, como las viejas fotos, se amarilleaba y desteñía ineludiblemente. La vida fue cambiando, Ton; entonces yo me fui inclinando un poco a los libros y me interné en un extraño mundo mezcla de la Ciencia natural de Fesquet, versos de Bécquer, y láminas de Billiken; me gustaba el camino al colegio cada mañana bajo los árboles de la avenida Independencia y el rostro de Rita Hayworth, en la pequeña y amarilla pantalla del

Capitolio, me hizo olvidar a Flash Gordon y a Los tres chiflados. Ya para entonces papá ganaba buen dinero en su puesto de la Secretaría de Educación, y nos mudamos a una casa desde donde yo podía ver el mar y a Ivette, con sus shorts a rayas y sus trenzas doradas que marcaban el vivo ritmo de sus ojos y su cabeza; con ella me acostumbré a Nat King Cole, a Fernando Fernández, los viejos discos de los Modernaires, y aprendí a llevar el compás de sus golpes junto a la mesa de ping-pong; no le hablé nunca de ustedes, esa es la verdad, quizás porque nunca hubo la oportunidad para ello o tal vez porque los días de Ivette pasaron tan rápido, tan llenos de “ven-mira-esta es Gretchen, el Pontiac de papi —dice Albertico— me voy a Canadá” que nunca tuve la necesidad ni el tiempo para recordarlos.

¿Tú sabes qué fue del Andrea Doria, Ton? Probablemente no lo sepas; yo lo recuerdo por unas fotos del Miami Herald y porque los muchachos latinos de la universidad nos íbamos a un café de Coral Gables a cantar junto a jarrones de cerveza Arrivederci Roma, balanceándonos en las

sillas como si fuésemos en un bote salvavidas; yo estudiaba el inglés y me gustaba pronunciar el “goodbye...” de la canción, con ese extraño gesto de la barbilla muy peculiar en las muchachas y muchachos de aquel país. ¿Y sabes, Ton, que una vez pensé en ustedes? Fue una mañana en que íbamos a lo largo de un muelle mirando los yates y vi un grupo de muchachos despeinados y sucios que sacaban sardinas de un jarro oxidado y las clavaban en la punta de sus anzuelos; yo me quedé mirando un instante aquella pandilla y vi un vivo retrato nuestro en el muelle de Macorís, solo que nosotros no éramos rubios, ni llevábamos zapatos de tenis, ni teníamos caña de pescar, ahí se deshizo mi sueño y seguí mirando los yates en compañía de mi amigo nicaragüense, muy aficionado a los deportes marinos.

Y los años van cayendo con todo su peso sobre los recuerdos, sobre la vida vivida, y el pasado comienza a enterrarse en algún desconocido lugar, en una región del corazón y de los sueños en donde permanecerá, intacto tal vez, pero cubierto por la mugre de los días, sepultado bajo los libros



leídos, la impresión de otros países, los apretones de manos, las tardes de fútbol, las borracheras, los malentendidos, el amor, las indigestiones, los trabajos. Por eso, Ton, cuando años más tarde me gradué de médico, la fiesta no fue con ustedes sino que se celebró en varios lugares, corriendo alocadamente en aquel Triumph sin muffler que tronaba sobre el pavimento, bailando hasta el cansancio en el Country Club, descorchando botellas en la terraza, mientras mamá traía platos de bocadillos y papá me llamaba “doctor” entre las risas de los muchachos; ustedes no estuvieron allí ni yo estuve en ánimo de reconstruir viejas y melancólicas imágenes de paredes derruidas, calles polvorientas, pitos de locomotoras y pies descalzos metidos en el agua lodosa del río; ahora los nombres eran Héctor, Fred, Américo, y hablaríamos del mal de Parkinson, de las alergias, de los tests de Jung y de Adler y también de ciertas obras de Thomas Mann y François Mauriac.

Todo esto deberá serte tan extraño, Ton; te será tan “había una vez y dos son tres el que no tiene azúcar no toma café” que me parece verte senta-

do a horcajadas sobre el muro sucio de la avenida, perdidos los ojos vagos entre las ramas rojas de los almendros, escuchando a Juan contar las fabulosas historias de su tío marinero que había naufragado en el canal de la Mona y que en tiempos de la guerra estuvo prisionero de un submarino alemán, cerca de Curazao. Siempre asumieron tus ojos esa vaguedad triste e ingenua cuando algo te hacía ver que el mundo tenía otras dimensiones que tú, durmiendo entre sacos de carbón y naranjas podridas, no alcanzarías a conocer más que en las palabras de Juan, o en las películas de la guagüita Bayer o en las láminas deportivas de Carteles.

Yo no sé cuáles serían entonces tus sueños, Ton, o si no los tenías; yo no sé si las gentes como tú tienen sueños o si la cruda conciencia de sus realidades no se lo permiten, pero de todos modos yo no te dejaría soñar, te desvelaría contándote todo esto para de alguna forma volver a ser uno de ustedes, aunque sea por esta tarde solamente. Ahora te diría cómo, años después, mientras hacía estudios de Psiquiatría en España, conocí a

Rosina, recién llegada de Italia con un grupo de excursionistas entre los que se hallaban sus dos hermanos, Piero y Francesco, que llevaban camisetas a rayas y el cabello caído sobre la frente. Nos encontramos accidentalmente, Ton, como suelen encontrarse las gentes en ciertas novelas de Françoise Sagan; tomábamos Valdepeñas en un mesón, después de una corrida de toros, y Rosina, que acostumbra a hablar haciendo grandes movimientos, levantaba los brazos y enseñaba el ombligo una pulgada más arriba de su pantalón blanco. Después solo recuerdo que alguien volcó una botella de vino sobre mi chaqueta y que Piero cambiaba sonrisitas con el pianista en un oscuro lugar que nunca volví a encontrar. Meses más tarde, Rosina volvió a Madrid y nos alojamos en un pequeño piso al final de la avenida Generalísimo; fuimos al fútbol, a los museos, al cine-club, a las ferias, al teatro, leímos, veraneamos, tocamos guitarra, escribimos versos, y una vez terminada mi especialidad, metimos los libros, los discos, la cámara fotográfica, la guitarra y la ropa en grandes maletas, y nos hicimos al mar. “¿Cómo es Santo Domingo?”, me preguntaba Rosina una

semana antes, cuando decidimos casarnos, y yo me limitaba a contestarle, “Algo más que las palmas y tamboras que has visto en los afiches del Consulado”.

Eso pasó hace tiempo, Ton; todavía vivía papá cuando volvimos. ¿Sabes que murió papá? Debes saberlo. Lo enterramos aquí porque él siempre dijo que en este pueblo descansaría entre camaradas. Si vieras cómo se puso el viejo, tú que chanceabas con su rápido andar y sus ademanes vigorosos de “muñequito de cuerda”, no lo hubieras reconocido; ralo el cabello grisáceo, desencajado el rostro, ronca la voz y la respiración, se fue gastando angustiosamente hasta morir una tarde en la penumbra de su habitación entre el fuerte olor de los medicamentos. Ahí mismo iba a morir mamá un año más tarde apenas; la vieja murió en sus cabales, con los ojos duros y brillantes, con la misma enérgica expresión que tanto nos asustaba, Ton.

Por mi parte, con Rosina no me fue tan bien como yo esperaba; nos hicimos de un bonito apartamento en la avenida Bolívar y yo comencé a tra-

bajar con relativo éxito en mi consultorio. Los meses pasaron a un ritmo normal para quienes llegan del extranjero y empiezan a montar el mecanismo de sus relaciones: invitaciones a la playa los domingos, cenas, a bailar los fines de semana, paseos por las montañas, tertulias con artistas y colegas, invitaciones a las galerías, llamadas telefónicas de amigos, en fin, ese relajamiento a que tiene uno que someterse cuando llega graduado del exterior y casado con una extranjera. Rosina asimilaba con naturalidad el ambiente y, salvo pequeñas resistencias, se mostraba feliz e interesada por todo lo que iba formando el ovillo de nuestra vida. Pero pronto las cosas comenzaron a cambiar, entré a dar cátedras a la universidad y a la vez mi clientela crecía, con lo que mis ocupaciones y responsabilidades fueron cada vez mayores, en tanto había nacido Francesco José, y todo eso unido dio un giro absoluto a nuestras relaciones. Rosina empezó a lamentarse de su gordura y entre el Metrecal y la balanza del baño dejaba a cada instante un rosario de palabras amargadas e hirientes, la vida era demasiado cara en el país, en Italia los taxis no son así, aquí

no hace más que llover y cuando no el polvo se traga a la gente, el niño va tener el pelo demasiado duro, el servicio es detestable, un matrimonio joven no debe ser un par de aburridos, Europa hace demasiada falta, uno no puede estar pegando botones a cada rato, el maldito frasco de Sucaryl se rompió esta mañana, y así se fue amargando todo, amigo Ton, hasta que un día no fue posible oponer más sensatez ni más medida y Rosina voló a Roma en Alitalia y yo no sé de mi hijo Francesco más que por dos cartas mensuales y unas cuantas fotos a colores que voy guardando aquí, en mi cartera, para sentir que crece junto a mí. Esa es la historia.

Lo demás no será extraño, Ton. Mañana es Día de Finados y yo he venido a estar algún momento junto a la tumba de mis padres; quise venir desde hoy porque desde hace mucho tiempo me golpeaba en la mente la ilusión de este regreso. Pensé en volver a atravesar las calles del barrio, entrar en los callejones, respirar el olor de los cecezos, de los limoncillos, de la yerba de los solares, ir a aquella ventana por donde se podía ver el

río y sus lanchones; encontrarlos a ustedes junto al muro gris de la pulpería de Ulises, tirar de los cabellos al Búho Pujols, retozar con Fremio, chancear con Toñín y con Pericles, irnos a la glorieta del parque Salvador y buscar en el viento de la tarde el sonido uniforme de los redoblantes de los Boy Scouts. Pero quizás deba admitir que ya es un poco tarde, que no podré volver sobre mis pasos para buscar tal vez una parte más pura de la vida.

Por eso hace un instante he dejado el barrio, Ton, y he venido aquí, a esta mesa y me he puesto a pedir, casi sin querer, botellas de cerveza que estoy tomando sin darme cuenta, porque, cuando te vi entrar con esa misma cojera que no me engaña y esa velada ingenuidad en la mirada, y esa cabeza inconfundible de “Ton, Melitón, cojo y cabezón” mirándome como a un extraño, solo he tenido tiempo para comprender que tú sí que has permanecido inalterable, Ton; que tu pureza es siempre igual, la misma de aquellos días, porque solo los muchachos como tú pueden verdaderamente permanecer incorruptibles aun por debajo

de ese olvido, de esa pobreza, de esa amargura que siempre te hizo mirar las rojas ramas del almendro cuando pensabas ciertas cosas. Por eso yo soy quien ha cambiado, Ton, creo que me iré esta noche y por eso también no sé si decirte ahora quién soy y contarte todo esto, o simplemente dejar que termines de lustrarme los zapatos y marcharme para siempre.

*Noviembre 3, 1968.*

*Santo Domingo, R. D.*





Est

# Entrega

Estas manos mías, que no han hecho nada.  
Simples, temblorosas, como la de un ciego.  
Manos siempre abiertas. Estas manos mías,  
limpias, inocentes: Yo te las entrego...

Esta melancólica, pequeña sonrisa.  
Ingenua sonrisa de muchacho malo.  
Esta mueca triste de mi boca simple  
como una palabra: Yo te la regalo...

Estos ojos míos, negros misteriosos...  
Mis ojos nocturnos, náufragos del sueño,  
estarán contigo, mirándome siempre.  
Tómalos un día: Quédate con ellos...

Toma entre tus manos mi cabeza oscura...  
Loca, pensativa, sin ayer ni hoy.  
Mi torpe cabeza que piensa locuras,  
fábulas, leyendas: También te la doy...

Y te entrego todo, todo lo que resta...  
Mi cabeza en alto, mis brazos en cruz,  
mi risa, mis ojos, mis manos inquietas  
serán desde ahora: Lo que quieras tú...



Est

## *Este soy...*

Este soy yo, tu llama, tu alimento,  
tu herradura, tu pan, tu todavía,  
tu tibia alternativa, tu alegría,  
tu ceniza final, tu aturdimiento.

Este soy yo esperándote contento  
cuando a ti se te acerca la agonía,  
soy el gallo que anuncia que hay un día  
todavía más allá de tu aposento.

Este soy yo, tu colmo, tu momento  
más crítico y fatal, tu cobardía  
buscando un ancla, un dame, un te presento.

Soy la esquina final de tu agonía.  
¡Y aquí donde me ves, soy el tormento  
que vive más allá de tu alegría...!

**COORDINACIÓN GENERAL:**

DRA. MARGARITA CEDEÑO

**DIRECTORA BIBLIOTECA INFANTIL Y JUVENIL:**

DULCE ELVIRA DE LOS SANTOS

**DIRECCIÓN DE COMUNICACIÓN, RR. PP. Y PUBLICACIONES:**

ANNETTE ABOY

**CUIDADO DE EDICIÓN:**

MILENA HERAZO

**CORRECCIÓN DE ESTILO:**

EDITORA NACIONAL

**DIBUJOS:**

JOSÉ ALFREDO CASTERÁ

**DISEÑO GRÁFICO Y DIAGRAMACIÓN:**

PEDRO ESCAÑO / MERIAN M. PÉREZ

**ABRIL 2017, SANTO DOMINGO, R.D.**

**ISBN: 978-9945-494-26-6**



# Ahora que vuelvo, Ton

Y UNA SELECCIÓN  
DE POEMAS DE  
**RENÉ DEL RISCO  
BERMÚDEZ**



VICEPRESIDENCIA  
DE LA REPÚBLICA DOMINICANA



INFANTIL Y JUVENIL  
REPÚBLICA DOMINICANA

[WWW.VICEPRESIDENCIA.GOB.DO](http://WWW.VICEPRESIDENCIA.GOB.DO) / [WWW.BIJRD.GOB.DO](http://WWW.BIJRD.GOB.DO)

ISBN: 978-9945-494-26-6